

Y en seguida. ¿Qué plan de campaña es ese? ¿Cómo queda una division aislada, sola, sin que ningun otro cuerpo acuda á su defensa? ¿Qué hace el General Mac-Mahon? Esas detenciones, esas largas en las fronteras, ese hacinamiento de las tropas, esa division de los cuerpos de ejército, indican á las claras que la inteligencia militar francesa duerme bajo la cúpula de los Inválidos, en el sepulcro de Napoleon el Grande.

Mientras tanto, ¡Qué espectáculo el espectáculo de París! El Gobierno que sólo quiere dar noticias de victorias, oculta la derrota de Wissemburgo. Varios especuladores fingen un telégrama que pasa de mano en mano y en el cual se anuncia una gran batalla coronada por el más brillante éxito para las armas francesas. El entusiasmo del pueblo llega al delirio. Cantan unos la Marsellesa, vociferan otros vivas de alegría, sacan los más banderas tricolores y las pasean por aquellas calles que han presenciado el regocijo público por tantas victorias. La bolsa sube dos francos y medio. París está en delirio; el gobierno calla á París su derrota. Ciega confianza de ese pueblo, ciega confianza de su ejército. Creen llevar encadenada la victoria. Y esta confianza explica sus desgracias. El entusiasmo no tiene tregua. La multitud encuentra á la primera tiple del Gran teatro de la ópera, María Sax, y la obliga á cantar la Marsellesa desde lo alto de su carruaje. Nuevo delirio, nuevos vivas, alegría general, epiléptica, cercana á la locura. Y el gobierno callando su derrota.

En esto la verdad se descubre. Los periódicos ingleses la publican. Wissemburgo ha sido tomado. Un furor indescriptible se apodera de la poblacion. Los cantos cesan, las banderas se retiran, la furia del dolor sucede á la furia de la alegría. La noticia de la victoria concebida en términos pomposos, anunciando el cautiverio del príncipe heredero, y de veinte y cinco mil prusianos, es contrastada por la amarga realidad de una derrota.

La muchedumbre ve un juego bursátil en su engaño, pregunta el nombre del falsario, invade la bolsa, persigue á los bolsistas, interrumpe las operaciones, cierra el edificio, apedrea las casas de los cambiantes de moneda, y amenaza de muerte á un prusiano que ha creído deber regocijarse por las victorias de su patria; muchedumbre tan ciega en su regocijo como en su odio. Una manifestacion se dirige al ministerio de Justicia. Ollivier procura calmar los ánimos con algunas explicaciones. La manifestacion corre desde el ministerio de Justicia al ministerio del Interior. El ministro descendiendo, habla, explica el engaño, procura apaciguar los ánimos, atraerlos á una mayor prudencia, bien necesaria en aquellos momentos de supremo peligro para la nacion Francesa.

Dia 7 de Agosto.

El dia 7 de Agosto será contado siempre entre los dias nefastos del segundo Imperio. En este dia supremo comienza la liquidacion del Cesarismo, esa liquidacion que tantas veces he anunciado como deshonorosa y funesta para Francia. La division del muerto General Donai era del cuerpo formidable mandado por Mac-Mahon. Este leon de Africa no puede retroceder. Comunicándose aun con Metz, el Emperador le manda que recobre como el inmortal Hoche, á Wissemburgo. Mac-Mahon se adelanta. No es menester. Corre á su encuentro el vencedor. En Rischoffen se encuentran los dos ejércitos. El encuentro es horrible, es una carnicería. Cuatro mil franceses caen prisioneros. Dos águilas van á ornar los templos de Berlin. Seis de esas ametralladoras que esparcian la muerte, y treinta cañones aun ardiendo, son los trofeos de esta victoria.

Y continúan las desdichas. La primera victoria de Saarbruk se ha disipado en humo. El príncipe Federico Carlos, el verdadero vencedor de Sadowah, se ha acercado á la plaza que los franceses bombardeaban sin ocuparla. Allí se encuentra con el General Fros-

sard, que lleva otro cuerpo de ejército no ménos brillante ni ménos numeroso que el ejército de Mac-Mahon. Pero ¡ah! condenado á la misma desgracia. Despues de un gran combate, la victoria se declara por los prusianos.

Dia 8 de Agosto.

El Emperador está en situacion peligrosísima. Su ala derecha ha sido cortada en Wissemburgo y en Rischoffen. Su ala izquierda cortada en Sarrebruck y en Forbach. Los dos generales que las mandan, Mac-Mahon, el jefe del ala derecha, y Frossard, el jefe del ala izquierda, han sido heridos, vencidos. Al Emperador solamente le quedan las murallas de Metz. Desde allí lanza un grito de angustia pidiendo auxilio á esa Francia que ha condenado á la esclavitud. La emocion de París es inmensa. La Emperatriz da una proclama diciendo que Francia está en peligro. El Emperador anuncia que no ha perdido la sangre fria á pesar de que el momento es peligrosísimo para la nacion. París es declarado en estado de sitio, la guardia móvil incorporada al ejército, el Cuerpo Legislativo convocado. Pero la opinion está exaltadísima. La guardia nacional se queja furiosa; mientras el pueblo francés pide armas, primero contra el prusiano que lo ha vencido; pero despues contra el César, que lo ha deshonrado. La imágen de la República que salvó á la Francia se dibuja en los aires como el genio tutelar de París.

Dia 9 de Agosto.

Coméntase la guerra por todo el mundo. La audacia gala se ha trasladado á los alemanes, por los errores del Imperio Napoleónico.

Primer error: no comenzar el ataque los mismos que habian provocado la guerra, los franceses.

Segundo error: concentrar todas las fuerzas en Metz, aguardando á que el rey de Prusia fuera en persona con su gran ejército á medir sus armas con el Emperador. El deseo absoluto de defender la posicion imperial

ha perdido al ejército, y al Emperador de Francia.

Tercer error: enviar cuerpos de ejército relativamente pequeños sobre las dos alas, exponiéndolos á ser aplastados por fuerzas muy superiores.

Cuarto error: aislar estos cuerpos. Así han perdido los franceses su línea del Rhin, y su línea del Saar. Si no tuvieran Metz estarian ya en la línea de los Vosgos.

La tercer invasion extranjera la deben los franceses al tercer Napoleon. ¿Tendrán la audacia que necesitan para ser todavía un gran pueblo, único escollo contra el cual se estrellaría un grande ejército?

-Aguardemos.

Mientras tanto, contemplad, pueblos del mundo, cómo caen uno tras otro los Faraones, y los Nabucodonosores modernos, los enemigos de la libertad y la justicia.

Dia 10 de Agosto.

Ya los periódicos imperialistas han dicho la terrible verdad á Francia, no tiene aliados. Italia que le debe Solferino, Italia no puede auxiliarla. El ejército italiano está sin número y sin armas; el pueblo indignado; la corte y la nacion separadas en ideas; porque la corte es francesa y la nacion es prusiana. El Imperio francés que habia puesto una gran parte de sus esperanzas guerreras en la Alemania del Mediodía, y otra gran parte de sus esperanzas diplomáticas en la monarquía de Austria, se ha clavado ya las espinas del desengaño. El Mediodía combate á la sombra de la bandera prusiana; y el Austria mandada por Beust se acuerda de que por raza, por historia, por tradicion, por lengua, es una tierra alemana. El grito de desesperacion ha salido ya de las prensas imperiales, grito angustioso, desgarrador, supremo: no tienen aliados.

¿Y cómo los quereis tener cuando resucitásteis el Imperio que era una amenaza para el mundo? Vuestro emperador se fundaba en una gloria funesta á todos los pueblos. O

ese fuerte Imperio significaba una volubilidad, ó significaba la conquista.—¿Y qué pueblo podrá tender su mano á los conquistadores?

Día 11 de Agosto.

El gobierno francés debe estar bien desmayado. Por un artículo que el *Diario Oficial* publica, se infiere la perturbacion de su ánimo. Cuando hace poco tiempo se juzgaba árbitro de Europa; cuando tenia en tutela Italia y en servidumbre Roma; cuando amenazaba el poder de Alemania; y no contento con su influencia europea, envolvía en los pliegues de su vasto sudario repúblicas del Nuevo Mundo, su ascendiente moral era inmenso, ascendiente perdido por imprudencia temeraria en una guerra funesta á sus armas y á su nombre. Esos poderes morales se disipan en una sola batalla. Y para recobrarlos se vuelve el Gobierno francés á Europa, y le grita socorro. Este clamor angustioso es la confesion explícita de su irredimible decaencia. Este clamor es el título que el Imperio se da á sí mismo de inferioridad. El César, que distribuía las fuerzas europeas, que creaba y destruía naciones, que se erigia en regulador supremo de nuestra mecánica política, sol caído de su centro, se ha transformado en satélite. Su grito de angustia es el comienzo de su agonía.

Pero ¿qué nacion le socorrerá? Su política le ha desavenido de todas las naciones. Rusia recuerda Sebastopol, é Inglaterra recuerda que en aquella empresa tendía también á humillar su poder, falso aliado. Italia le debe Solferino, pero también Mentana. Austria ha sido disuelta por el corrosivo de sus ideas. No le queda ningún aliado en el mundo. Se concibe que naciones pequeñas, Portugal, Bélgica, entreguen su destino en manos de la diplomacia Europea, pero si los ejércitos franceses se han retirado en desorden de los campos de batalla, su diplomacia, al escribir ese artículo, se ha retirado del trono que ocupaba en el centro de Europa.

Día 12 de Agosto.

La Asamblea se reúne en medio de la mayor agitacion. La plaza de la Concordia y las avenidas del Palacio, no pueden contener las muchedumbres agitadas por ideas contrarias, diversas, pero en igual grado amenazadoras y tempestuosas. Aquel espectáculo recuerda algunas escenas de la revolucion francesa. En los corredores, en el salon de conferencias, los diputados se entregan á mútuas recriminaciones; pero tan fuertes y ruidosas, que se teme degeneren pronto en golpes y apaleos. El sentimiento general reconoce la impericia del Emperador. La palabra destronamiento sale de muchos lábios. Si no quedase todavía alguna esperanza, si la batalla decisiva se hubiese dado, los cortesanos serían los primeros en votar la expulsion de los Bonapartes. La ingratitud y la cobardía fueron siempre amargo fruto del envilecimiento cortesano. La sesion se abre, y sobre la sesion pesa uno de esos silencios precursores de las grandes catástrofes. El partido militar, mal avenido con la política del ministerio, enemigo de las instituciones parlamentarias, resuelto á recojer del polvo la dictadura, se apercibe á expulsar los ministros parlamentarios. Para esto encontrarán grande apoyo en la Emperatriz, en la autora de los desastres de Méjico, en la protectora de la intervencion romana, en la católica, en la absolutista Eugenia, regente de la desgracia, regente de la derrota, regente de la ruina, y de la muerte.

Emilio Ollivier sube á la tribuna. Su situacion es tristísima. Los republicanos sólo aciertan á ver en su persona al apóstata; y los imperialistas al republicano. Ollivier, tan amigo de la oratoria, confía á un papel sus pensamientos. El primero, el capital es que en crisis tan supremas, no puede perder el gobierno sin perder la honra. Rumores nutridísimos le anuncian que el Cuerpo Legislativo está decidido á quitarle gobierno y honra. Sobre todo, cuando habla de con-

cordia, cuando pide que todos le auxilien, cuando apunta la idea de que las divisiones sólo podrían favorecer al extranjero acampado en el suelo de la patria, un tumulto inmenso ahoga sus palabras. Los más decididos amigos del Emperador gritan á una, como en cualquier teatro: fuera, fuera. ¿Y por qué nó fuera también el Imperio? A él toca la responsabilidad. Si las batallas diplomáticas se han perdido; si Prusia se ha agrandado, si la guerra ha venido, si el ejército, el gran ejército francés se ha roto; si el suelo nacional está profanado por el extranjero, si los días más tristes del catorce y el quince oscurecen los anales de Francia, la culpa, toda la culpa es del Imperio.

La fórmula de la extrema izquierda es la fórmula salvadora: suprimir el gobierno y suprimir el Imperio. Esta fórmula se compendia en dos importantísimas declaraciones. 1.^a Se arma á toda la nacion, 2.^a asume el Cuerpo Legislativo todos los poderes. Al oír tales proposiciones, sale un clamor universal de los bancos imperialistas. Julio Favre logra dominarlo con su voz de trueno, y dice que si la campaña está perdida, y violado el territorio francés, la culpa es del general en jefe, la culpa es del Emperador Napoleón. No lo dice solamente la voz del diputado republicano, lo dice hoy la conciencia humana, lo dice la historia. Y el minuto del castigo ha sonado en el horario de la Providencia.

Al oír tales proposiciones, Casagnac ha subido á la tribuna. El fanatismo imperial habita en su conciencia, la rabia contra la libertad en su pecho, la ira vibra en sus lábios, la demencia en el acento de su palabra, acre, hueca, siniestra, ruda, como los fuegos de un peloton. Inyectados los ojos en sangre, crispadas las manos, en desorden el cabello que se mesa, como si estuviera furioso, pregunta á la montaña si aquello es una revolucion. Sí, sí, le gritan á una todos los diputados de la izquierda. Pues si yo fuera minis-

tro, exclamó, el energúmeno, os sometería ahora mismo á un consejo de guerra. ¿Nos quereis fusilar? pregunta Julio Simon. La Asamblea recuerda uno de los momentos más característicos de la Convencion.

Emilio Ollivier quería hablar, pero no le escuchan. Las imprecaciones más horribles, los insultos más groseros parten de todos los bancos, é incendian todas las pasiones. Dos diputados de la izquierda bajan, se dirigen al sitio ocupado por los ministros, los amenazan y hasta les pegan. En tal momento, los diputados todos se levantan, accionan, gesticulan, gritan, amenazan, y confundiendo en inmenso tumulto, convierten la Asamblea en pavoroso caos donde sólo se ven relampaguear siniestramente el odio y la ira.

El Presidente se cubre. La mayor parte de los diputados bajan al hemiciclo. Picard grita desde su banco que el pueblo pide armas, y las tendrá; y que si las niega el gobierno, las tomará el pueblo por su mano. Esta proposicion aumenta el escándalo. El antiguo favorito del César, Clemente Duvernois, propone que se nombre un gobierno capaz de organizar la defensa nacional. La Cámara aprueba esta proposicion, y Emilio Ollivier cae del ministerio.

Hé ahí la triste suerte del apóstata. Mal con su conciencia, conspuido por la opinion, reo de lesa-justicia, los mismos á quienes ha servido, lo derriban y lo infaman. Quiso en su demencia aliar el Imperio con la libertad, y de la urna donde estaba el fatal plebiscito, han salido triunfantes la dinastía del Dos de Diciembre y del 18 de Brumario, la dictadura militar, las quintas desoladoras, las guerras inhumanas, la muerte de la democracia, la ruina de la patria. Prevost-Paradol, más enérgico, y más honrado, ha concluido por el suicidio. Ollivier no ha osado rescatar sus culpas ante la historia por este holocausto de sangre. Y era, sin embargo, más culpado. Ahora, cuando en la tristeza de su soledad ve á todos sus ensueños desvanecidos, todas sus

ambiciones burladas, la época más deshonrosa de la historia moderna unida á su nombre indisolublemente, la invasion extranjera vinculada en su torpeza; cuando contemple cómo le han deshonrado y le han hundido los mismos á quienes sacrificaba historia, reputacion, nombre de familia, y un porvenir bri-

llantísimo de gloria, debe alzar los ojos á su conciencia oscurecida y desde su conciencia al cielo, para reconocer cuán severa é implacablemente castigan cielo y conciencia, justicia humana y justicia divina á todos los apóstatas.

CAPITULO XXXIII.

MINUCIOSIDADES.

Día 13 de Agosto.

El telégrafo prusiano comunica detalles de las últimas batallas y son horribles para el ejército francés. En Rischoffen cayeron diez mil prisioneros con armas, y diez mil heridos y muertos.

El cuerpo del general Frossard fué en Forbach no vencido, no aplastado, sino molido, disuelto, atomizado, llegando hasta el aniquilamiento. Mientras tales siniestras noticias corren por Europa, se nombra en París el nuevo ministerio. Un estupor general de toda la Europa culta lo acoge. Son los esbirros del pueblo, los cortesanos de los peores dias, los enemigos de la libertad, los cómplices de todos los atentados, los mamelucos, la guardia negra del César, aquellos que quisieran el exterminio de los liberales en el momento mismo en que Francia necesita de todos sus hijos y en que resuenan las estancias de la Marsellesa, el cántico de la República. El partido absolutista del Imperio no podia desaprovechar esta coyuntura de rehacer el despotismo cesáreo. El ministerio Palikao es el

ministerio de la dictadura, el ministerio de la reaccion, el ministerio de las complacencias cortesanas, el ministerio del bombardeo de París, uno de esos desafíos insensatos que los poderes moribundos arrojan al rostro de los pueblos.

La Emperatriz ha podido elegir entre sus partidarios otro que no fuera el célebre expoliador de los palacios de China; otro que no fuera el antiguo demagogo, el compañero del sastre Du Satoy, el redactor retribuido de los periódicos imperialistas, el tráfuga Duvernois. La Emperatriz pudo elegir otro que no fuera el procurador imperial Grandperret, que ha perseguido como fieras á los demócratas; que los ha insultado desde los altares de la ley cobardemente cuando estaban desarmados y presos; que ha cubierto con la toga de la magistratura francesa á la policía secreta, á los esbirros, á los inventores de conspiraciones inverosímiles, á los seres más viles que guardan en sus abismos las deformidades morales del Imperio.

Se quiere levantar á Francia y se le presen-